

Capítulo 3

El Dios que libera a su pueblo

Daniel 3

Hay una gran desconexión entre los versículos finales del capítulo 2 y el primer versículo del capítulo 3. No sabemos cuánto tiempo transcurrió entre el registro de estas dos historias. Probablemente no haya sido un período largo, pero fue lo suficientemente distante como para que el rey Nabucodonosor comenzara a cambiar de opinión sobre el sueño y su significado, según lo había explicado Daniel. Nabucodonosor había quedado muy impresionado al escuchar que Daniel le señaló el sueño que él no podía recordar y al percibir que este captó la interpretación. Él “se postró sobre su rostro” y declaró públicamente: “Realmente el Dios de ustedes es Dios de dioses, Señor de los reyes, que revela los misterios” (Dan. 2:46, 47). Parecía aceptar que el Dios de Daniel le estaba mostrando el futuro.

Pero es probable que el rey luego haya comenzado a pensar en el hecho de que su reino iba a ser reemplazado por otro. Le gustaba la idea de ser la cabeza de oro, pero que otro reino reemplace a Babilonia era otro asunto. Leemos en el versículo inicial del capítulo 3: “el rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro de sesenta codos (27 m) de altura y seis codos de ancho. Y la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia” (Dan. 3:1).

Nabucodonosor desafía a Dios

La diferencia entre la estatua que Nabucodonosor vio en su sueño y la que erigió en la llanura de Dura es obvia. La estatua que el rey vio en su sueño tenía una cabeza de oro, pero el resto estaba hecho de plata, bronce, hierro y arcilla. La estatua que el rey erigió era toda de oro. La declaración que Nabucodonosor estaba haciendo también era obvia. Babilonia duraría para siempre; ningún otro reino tomaría su lugar. Daniel le había dicho al rey que la piedra que vio en su sueño representaba el Reino eterno de Dios, que reemplazaría a todos los reinos de la Tierra. Pero Nabucodonosor no quiso aceptar eso. Dios le había dado un mensaje en un sueño. Había quedado impresionado en ese momento, pero ahora estaba decidido a no aceptarlo. La estatua de Daniel 2 era la estatua de Dios. La estatua del capítulo 3 era la estatua de Nabucodonosor. Una fue la descripción precisa de Dios del futuro. En la otra, un hombre expresaba rebelión y resistencia a la voluntad de Dios.

La estatua que el rey Nabucodonosor erigió medía 60 codos de alto y 6 codos de ancho. En otras palabras, era 10 veces más alta que ancha. Esa es una proporción bastante inusual. La Estatua de la Libertad mide 46 metros de alto y 10 metros de ancho en la cintura. Eso es un poco más de 4 veces más alta que ancha. La estatua del Cristo Redentor, que se erige sobre Río de Janeiro, mide unos 30 metros de alto y 8 de ancho, o unas 3 veces y media más alto que ancho. La famosa estatua de Miguel Ángel, *David*, es un poco más de 2 veces y media más alta que ancha (aproximadamente 5 metros de alto y 2 metros de ancho). ¡Pero la estatua dorada de Nabucodonosor es 10 veces más alta que ancha! Se estima que un codo bíblico equivalía a unos 45 a 53 centímetros. Así que, la estatua del rey habría medido unos 27 a 32 metros de altura y solo 2,75 a 3,20 metros de ancho. Habría sido una estatua inusualmente delgada, con una excepción. Las medidas dadas en la Biblia muy probablemente incluían la base

de la estatua. Tomar en cuenta una base de aproximadamente 9 metros haría que la estatua fuera perfectamente proporcional.

Nabucodonosor señaló su desafío al mensaje de Dios con una estatua completamente de oro.

Pero eso no fue todo.

Y el rey llamó a los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, presidentes y a todos los oficiales de las provincias para que viniesen a la dedicación de la estatua que había levantado. Se reunieron, pues, los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces y todos los oficiales de las provincias a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado; y estaban en pie ante ella. Entonces el pregonero anunció: “Se les manda a ustedes, pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina, la flauta, el tamboril, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento músico, se postren y adoren la estatua de oro que el rey Nabucodonosor levantó” (vers. 2-5).

A todos los que ostentaban algún puesto en el reino y sus provincias se les ordenó asistir a la gran dedicación de la imagen dorada, y postrarse y adorarla. Si no recibías una invitación, eras un don nadie sin alguna posición de prominencia en el imperio. Adorar la imagen de oro de Nabucodonosor implicaba la lealtad de la persona hacia el rey. También significaba que la persona se estaba uniendo al rey en su desafío al mensaje de Dios sobre el

futuro, y que él o ella estaba eligiendo adorar a un ídolo en lugar de al Dios del Cielo.

La falsificación era una imagen de oro erigida por un hombre y no por Dios, y todos los gobernantes que representaban a su pueblo habían venido a la llanura de Dura por orden del rey. La llanura de Dura era plana —podías contemplar el horizonte por kilómetros— y esta enorme imagen dorada sobresalía contra el horizonte en marcado relieve, brillando mientras el sol hacía relucir el oro. Nadie podía dejar de notar este monumento a la gloria del rey; no una estatua con una cabeza dorada, sino una estatua entera hecha de oro, de la cabeza a los pies.

Dios le había dicho a Nabucodonosor: “Tú eres esa cabeza de oro. Después de ti se levantará otro reino”. Por sus acciones, Nabucodonosor declaró: “De ninguna manera. No acepto tu interpretación. Mi camino es mejor que el tuyo. Mi reino, Babilonia, durará para siempre”.

De hecho, excavaciones arqueológicas recientes en Babilonia han descubierto una tablilla de arcilla firmada por Nabucodonosor. Los arqueólogos la consideran auténtica. La tablilla dice: “Oh Babilonia, el deleite de mis ojos, la excelencia de los reinos, que ella, mi reino Babilonia, dure para siempre”. Una vez más, la pala del arqueólogo ha corroborado el testimonio de la Escritura. Nabucodonosor estaba determinado a que la profecía de Dios sobre Babilonia no ocurriera de esa forma.

Nota el versículo 6: “El que no se postre y la adore, en el acto será echado dentro de un horno de fuego ardiente”.

Examinemos cuidadosamente los problemas que estaban sucediendo aquí en la llanura de Dura. Un poderoso gobernante

mundial, Nabucodonosor, aprobó un decreto universal de obediencia forzada. Él declaró: “Se les manda a ustedes, pueblos, naciones y lenguas” (vers. 4). El tema central era la adoración. Todos se vieron obligados a adorar la imagen. Para los tres amigos hebreos de Daniel (Sadrac, Mesac y Abed-nego), esta imagen falsa estaba en oposición directa a la verdad de Dios. Para ellos, este fue un gran momento de angustia, más grande que cualquiera que hubieran experimentado. Su vida estaba en juego. No inclinarse significaba una muerte segura. Pero, como veremos, estos tres hebreos tenían una fe que desafiaba la muerte.

Una confederación político-religiosa

En Daniel 3, encontramos un poderoso líder mundial que ordena y obliga adorar a una imagen falsificada. En Babilonia, la Iglesia y el Estado estaban unidos. Nabucodonosor no solo gobernó políticamente, sino también ejerció autoridad religiosa. Él ordenó lealtad absoluta de la población. Al estudiar las profecías de la segunda mitad del libro de Daniel, veremos las predicciones divinas de que un poder religioso-político surgirá al final de los tiempos, y también ejercerá autoridad espiritual y exigirá lealtad en oposición a Dios. Las profecías predicen una crisis en los últimos días sobre el tema de la adoración y la autoridad espiritual. El pueblo de Dios enfrentará una prueba mortal de lealtad.

La historia que leemos aquí en Daniel 3 no solo sucedió realmente, sino también ilustra los problemas que el pueblo de Dios enfrentará al final de los tiempos. El libro de Apocalipsis, en el Nuevo Testamento, es la contraparte profética, el complemento, del libro de Daniel en el Antiguo Testamento. Apocalipsis declara que los problemas descritos en Daniel se

repetirán al final de los tiempos. Hablando de este poder religioso-político que surgirá, Juan escribió:

Ejercía toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella; y hacía que la tierra y sus habitantes adorasen a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada.[...] Se le permitió infundir aliento a la imagen de la primera bestia, para que la imagen pudiera hablar y dar muerte a todo el que no adore a la imagen de la bestia (Apoc. 13:12-15).

Estudiaremos estos versículos y sus símbolos con más detalle cuando abordemos el libro de Apocalipsis. Pero podemos ver en Apocalipsis 13 que este poder representa una autoridad poderosa que hace que la Tierra adore una imagen que ha establecido, y que decreta la muerte a cualquiera que se niegue a hacer lo que ordena. Los problemas aquí son los mismos que los de la llanura de Dura: adorar al poder opuesto a Dios o ser ejecutado. Existe un marcado paralelo entre Daniel 3 y Apocalipsis 13. Uno describe una imagen del poder de Nabucodonosor; el otro describe una imagen del poder de la bestia. Ambos describen el culto falso y forzado, representando la desobediencia a Dios. Y, en ambos casos, aquellos que no se postren en adoración, serán asesinados.

Hubo una prueba sobre la adoración, la obediencia y los mandamientos de Dios en los días de Daniel. Una prueba similar con respecto a la adoración, la obediencia y los mandamientos de Dios ocurrirá en los últimos días. Una vez más, un poderoso gobernante mundial aprobará un decreto universal que unirá la Iglesia y el Estado. La imagen de oro en la llanura de Dura era un signo de la autoridad de Babilonia, y la adoración a esa imagen constituía la adoración a Babilonia. Así también, en el momento

del fin, habrá una señal, o marca, de la autoridad de un poder resultado de la unión entre Iglesia y Estado. Y aquellos que se nieguen a seguir este Estado-Iglesia y adoren la imagen que establece enfrentarán la muerte. En ese momento, el pueblo de Dios necesitará tener una fe que desafíe la muerte y una lealtad inquebrantable a Dios, como las mostradas por Sadrac, Mesac y Abed-nego.

En la llanura de Dura, Nabucodonosor ordenó: “Se les manda a ustedes, pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina, la flauta, el tamboril, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento músico, se postren y adoren la estatua de oro”.

“Por eso, al oír el son de la bocina, la flauta, el tamboril, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento músico, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron, y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado” (Dan. 3:7). Todos, en esa vasta multitud que rodeaba la imagen de oro, cayeron sobre sus rostros en obediencia al mandato del rey y adoraron la imagen, excepto tres jóvenes hebreos: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Los funcionarios que estaban cerca de ellos estaban más que felices de informar su desobediencia al rey.

Diieron al rey Nabucodonosor: “Rey, para siempre vive. Tú ordenaste que todo hombre, al oír el son de la bocina, la flauta, el tamboril, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento músico, se postre y adore la estatua de oro. Y el que no se postre y adore, sea echado dentro de un horno de fuego ardiente. Hay unos varones judíos, que tú pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Rey, esos varones no te han respetado; no adoran

a tus dioses ni honran la estatua de oro que tú levantaste” (vers. 9–12).

La Biblia dice que la reacción de Nabucodonosor a esta información fue rabia y furia. Pero él no estaba dispuesto a tomar la acusación de sus funcionarios a primera vista. Quizá sospechara que estaban celosos de estos cautivos hebreos a quienes había elevado a puestos de responsabilidad. Tal vez recordara la prueba que estos tres jóvenes habían pasado cuando estaban preparados para servir, y la manera en que habían pasado esa prueba y habían resultado “diez veces mejores” (Dan. 1:20) que aquellos que comieron su comida y bebieron su vino. Tal vez Nabucodonosor estuviera lo suficientemente intranquilo por desafiar el sueño de Dios como para darles a Sadrac, Mesac y Abed-nego una segunda oportunidad. En cualquier caso, decidió escuchar por sí mismo lo que tenían que decir en su defensa.

En esto, el rey mostró más juicio que nosotros a veces. ¿Alguna vez has oído que alguien dijo que alguien más había dicho algo negativo sobre ti? Es tan fácil creer el rumor y tan difícil ir a esa persona y averiguar la verdad. Muchos problemas en las relaciones humanas se resolverían si siguiéramos el ejemplo de Nabucodonosor en esto.

Fe que desafía la muerte

Entonces el rey, lleno de ira y enojo, hizo traer a Sadrac, Mesac y Abed-nego delante de él, y mirándolos a los ojos dijo: “¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que ustedes no honran a mi dios, ni adoran la estatua de oro que levanté?” (Dan. 3:14). Les estaba dando el beneficio de la duda. “Te di una oportunidad una vez, pero no me presiones. No pruebes mi paciencia. Cuando la banda vuelva a sonar, ¿será mejor que te postres esta vez y adores la imagen!”

La respuesta de estos jóvenes contiene una valiosa lección para nosotros hoy. “Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor: ‘Acercas de esto no necesitamos responderte’ ” (vers. 16).

Algunas decisiones en la vida necesitan ser resueltas antes de que seamos puestos a prueba. Sadrac, Mesac y Abed-nego obedecieron al rey todo lo que pudieron. Fueron a la dedicación, porque él se lo ordenó. Pero ya habían decidido que no iban a ceder a traicionar su conciencia y adorar la imagen. Serían leales a Dios. Ellos respondieron: “Oh rey, no necesitamos pensarlo mucho. No tienes que darnos una segunda oportunidad. Ya hemos pensado mucho en esta situación, y nos hemos decidido. Permaneceremos fieles a Dios. Puedes arrojarnos al horno de fuego, pero no adoraremos tu imagen de oro”.

No creo que dijeran esto con un tono de voz arrogante y desafiante. Creo que estaban tratando de ayudar al rey a ver el dilema en el que los había metido y por qué no podían obedecerlo. Ellos explicaron el razonamiento detrás de su decisión: “Nuestro Dios, a quien honramos, puede librarnos del horno de fuego; y de tu mano nos librarás. Y aunque no nos libraras, sepas que no adoraremos a tu dios ni la estatua que has levantado” (vers. 17, 18). Sadrac, Mesac, y Abed-nego preferirían morir creyendo en Dios antes que renunciar a las convicciones de su conciencia.

Algunas personas tienen la idea de que la fe es algo así como magia o un amuleto de buena suerte; que si oras y crees lo suficiente, nunca te enfermas, nunca te quedas endeudado, o nunca te desanimas. Toda su idea es que la fe es como una tarjeta de “salir de la cárcel gratis” que puedes presentar, y Dios te concederá lo que pidas. Sadrac, Mesac y Abed-nego no tenían ninguna duda de que Dios *podía* liberarlos, pero no asumieron

automáticamente que lo *haría*. Reconocieron que su fidelidad a Dios podría llevarlos al horno ardiente. La fe no siempre nos libra *del* fuego, pero siempre nos hará pasar *a través* del fuego confiando en Dios. La fe no es un amuleto de buena suerte que garantiza que las cosas siempre salgan bien. Es una fuerte creencia en que Dios está en el control, incluso si las cosas no salen como anticipamos.

Una mujer fue a su pastor y le dijo:

—Soy cristiana, y creía que, si tenía suficiente fe, nunca tendría cáncer. Pero luego fui a mi médico, porque noté que estaba perdiendo peso, y tenía un poco de náuseas y algunos otros síntomas. Mi médico diagnosticó mi problema como un cáncer que estaba creciendo rápidamente. Así que, comencé los tratamientos. Eso fue hace unos seis meses, y he estado en quimioterapia y radioterapia, pero mi cáncer ha hecho metástasis, y el pronóstico médico no es bueno. Mis médicos han indicado que tengo poco tiempo de vida. Una de mis amigas dijo: “Si solo tienes suficiente fe, Dios te liberará del cáncer”.

La mujer le dijo a su pastor:

—Ahora tengo dos problemas. Tengo cáncer, y no tengo suficiente fe. Aunque oré fervientemente, mi cáncer empeoró. Volví con mi amiga y le dije que mi cáncer estaba empeorando a pesar de que le había estado pidiendo a Dios que me liberara de él. Y ella dijo: “Tal vez haya algún pecado en tu vida, y esa es la razón por la que Dios no puede sanarte”. Ahora, tengo tres problemas. Tengo cáncer, no tengo suficiente fe y hay algún pecado en mi vida.

Y ella continuó:

—En ese momento, estaba realmente deprimida y desanimada. Sentí que debía ser una terrible pecadora y que Dios se había dado por vencido conmigo. Entonces, leí en Daniel 3 acerca de Sadrac, Mesac y Abed-nego y cómo no estaban seguros de que Dios los libraría de las llamas. Pero estaban seguros de que Dios estaba con ellos cuando entraron en las llamas. Ahora entiendo que tener fe no significa que las cosas siempre saldrán bien. La fe es creer que Dios está allí, incluso cuando las cosas no van bien.

Esa es una lección importante que podemos aprender de la experiencia de los tres amigos de Daniel. Cuando Sadrac, Mesac y Abed-nego rechazaron la oferta del rey de una segunda oportunidad de inclinarse y adorar la imagen, él estaba aún más furioso que antes.

Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, y se le demudó el rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego, y ordenó que el horno se encendiese siete veces más de lo común. Y mandó a hombres muy vigorosos de su ejército que atasen a Sadrac, Mesac y Abed-nego y los echasen en el horno de fuego ardiente. Así, estos varones fueron atados con sus mantos, calzas, turbantes y vestimentas, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiente (vers. 19–21).

Liberación divina

¡El fuego estaba tan caliente que mató a los hombres que los arrojaron a él! Pero ¿qué hay de Sadrac, Mesac y Abed-nego? Ellos “cayeron atados en medio del horno de fuego encendido” (vers. 23). Pero Dios obró un milagro en favor de ellos. Él honró su fe y los libró de una muerte horrible. ¡Jesús mismo bajó y se

paró en medio del fuego con ellos! ¡El fuego, que mató a los hombres que se acercaron lo suficiente para arrojarlos en él, solo quemó las cuerdas que los ataban!

Entonces el rey Nabucodonosor se espantó; se levantó aprisa y dijo a los de su consejo: “¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego?” Ellos respondieron al rey: “Es verdad”.

Agregó él: “Yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en el fuego sin sufrir ningún daño; y el parecer del cuarto es semejante a un hijo de los dioses” (vers. 24, 25).

Cuando pasas por las llamas de la vida, Dios está allí. Él es el Dios que nos libera. Hay un tiempo de angustia que viene sobre toda la Tierra antes de que Jesús venga, y requerirá lealtad a Dios como la de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Pero a veces nos enfrentamos a un tiempo de prueba, no en el futuro, sino ahora mismo. Y, cuando eso sucede, Dios también está ahí. Él es el Dios que nos rescata de las llamas de la vida. Cuando tu corazón está roto, Dios está ahí. Cuando tu matrimonio se ha derrumbado, Dios está ahí. Cuando tu médico te dice que tienes una enfermedad terminal, Dios está allí. Cuando estás pasando por las llamas de la vida y parece que vas a ser consumido por el desánimo y la depresión, Dios está allí. En cada angustia, cada decepción, Dios está ahí. Él es el Dios que nos libera.

Esto no significa que él siempre recompondrá tu matrimonio o sanará tu enfermedad terminal. Los tres hebreos le dijeron al rey: “Nuestro Dios, a quien honramos, puede librarnos del horno de fuego [...]. Y aunque no nos librara [...]” (vers. 17, 18). Se dieron cuenta de que el plan de Dios podría ser que su vida terminara en las llamas. Pero aun así, todavía confiarían en él.

Ellos seguirían siendo fieles, porque él es el Dios que libera. Él puede elegir liberarnos al apagar las llamas o puede elegir liberarnos permaneciendo en las llamas con nosotros y dándonos el valor y la lealtad para mantener nuestra mano en la suya sin importar el costo.

Cuando Sadrac, Mesac y Abed-nego pasaron por su prueba de fuego y permanecieron fieles a Dios, Dios les estaba enseñando a confiar en él en la oscuridad. Les estaba enseñando a tener más fe y más coraje. No fue porque Dios no los amara que pasaron por el fuego. Fue porque él vio en ellos algo valioso y precioso que tenía que ser refinado por las llamas de la dificultad. Tal vez no estés pasando por ninguna llama en este momento. Tu vida puede estar avanzando por un camino fácil. Pero, tarde o temprano, experimentarás las llamas de la adversidad. Cada vida tiene sus penas y angustias. El mundo en el que vivimos no siempre es amable. Pero, cuando somos arrojados a las llamas, hay alguien que entra en el horno con nosotros. Cuando Sadrac, Mesac y Abed-nego entraron en el horno, no entraron solos. Nabucodonosor vio al “Hijo de Dios” caminando en el horno con ellos. Y, cuando estamos en el horno de la vida, podemos mirar con el ojo de la fe a través del humo, las llamas y las lágrimas, y ver al Hijo de Dios rodeándonos con sus brazos, susurrando valor en nuestros oídos, mientras camina con nosotros en el horno de la aflicción.

Cambiado por el poder de Dios

Daniel 3 termina en una magnífica demostración de gloria: un rey pagano es impactado por la fe de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Nabucodonosor llamó a los tres hebreos para que salieran del horno. Observa que, al parecer, ¡no salieron del horno hasta que el rey les dijo que podían! ¡Creo que yo habría salido corriendo del horno tan pronto como me hubiera dado cuenta de que no

iba a ser quemado vivo! Pero Sadrac, Mesac y Abed-nego estaban contentos de permanecer en el horno con Jesús. Cuando finalmente salieron del horno, el rey y todos los oficiales cercanos “vieron que el fuego no había dañado el cuerpo de esos varones, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado, ni su ropa se había mudado, ni siquiera tenían olor a fuego” (vers. 27). ¡Qué testimonio para el Dios que libera! El fuego había matado a esos hombres que los arrojaron al horno, ¡pero ni siquiera había podido chamuscar el cabello en la cabeza de estos jóvenes hebreos!

Entonces Nabucodonosor exclamó: “¡Alabado sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él; los cuales desobedecieron la orden del rey y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios! Por tanto decreto que toda persona de cualquier pueblo, nación o lengua que hable contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego sea descuartizada y su casa sea destruida; por cuanto no hay dios que pueda librar como él” (vers. 28, 29).

Nabucodonosor había mirado en medio del fuego y había visto al Hijo de Dios, Cristo, el poderoso Libertador. Nabucodonosor vio que estos tres hebreos tenían algo que él no tenía, un Dios que era capaz de liberar. Todavía tenía sus viejas tendencias autocráticas. Todavía no entendía al Dios del amor y del libre albedrío. Pasó de exigir que el pueblo adorara su imagen de oro a exigir que adoraran al Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Había amenazado con la muerte en el horno de fuego a cualquiera que fallara en adorar la imagen de oro. Ahora

amenazaba a cualquiera que fallara en adorar al Dios del cielo con ser cortado en pedazos. Él no entendió completamente; sin embargo, estaba plenamente convencido de que Dios libera. Dios estaba hablando al corazón de Nabucodonosor. Tal vez un día, en un lugar donde no hay sufrimiento, dolor o muerte, el rey estará caminando por las calles de oro con Sadrac, Mesac y Abed-nego, recordando ese momento de hace mucho tiempo en la llanura de Dura, cuando los había arrojado al horno de fuego y cómo Dios los había liberado. Si es así, será debido a su testimonio fiel y su lealtad a Dios. Necesitamos tener la firme determinación, como ellos, de servir a Dios sin importar el costo.